

Los medios de
comunicación en
una nueva sociedad:
los intereses generales
y los intereses creados

por **D. Thomas Burns**

*Conferencia pronunciada
el 5 de noviembre de 1996*

Forum Deusto

Los medios de comunicación en una nueva sociedad: los intereses generales y los intereses creados

por D. Thomas Burns*

Voy a hablarles de los medios de comunicación en una nueva sociedad, pero, para intentar configurar ese horizonte futuro y ver hacia dónde vamos, creo necesario explicar dónde, a mi entender, estamos, y además, porque esto me parece muy importante para cualquier reflexión sobre los medios en España, creo necesario explicar de dónde venimos.

Les hablo, en cierta manera, como «outsider», como «etrangere», porque de hecho he estado siempre «out», «au dessous de la mêlée», si se quiere, por mi condición de corresponsal extranjero. Esta condición puede que me permita cierta neutralidad, cierta ausencia de apasionamiento. Si se echa mano de los símiles taurinos, cosa tan común aquí, podría decir que no he estado nunca propiamente toreando en el ruedo, pero también puedo decir que he visto muchísimas corridas a lo largo de más de veinte años contando las cosas de España, y he visto estas corridas siempre desde la barrera, cuando no desde el callejón.

Y es que la verdad es que yo vengo de bastante lejos, de bastante antiguo, del antiguo régimen para ser más exactos, de los tiempos en que las clases ilustradas intuían que algo estaba pasando en este país porque los periódicos extranjeros, *Le Monde* concretamente, no habían llegado al kiosko. Yo vengo de los tiempos en que tal era el interés general, tales eran los intereses creados, que los corresponsales ex-

* Thomas Burns nació en Londres en 1948 y se licenció en Historia por la Universidad de Oxford. En la actualidad escribe en el *Financial Times* y desde 1974 ejerce de corresponsal extranjero en España. Ha sido corresponsal de *Reuter*, de *The Washington Post* y de *Newsweek*. Burns es consejero de *Spanish Trends* y *Portuguese Report*, mensual dedicado al análisis financiero y económico de la Península Ibérica. Es además vocal de la Fundación Hispano-Británica y patrono de la Fundación Gregorio Marañón. Entre sus publicaciones cabe destacar los libros *Conversaciones sobre el Rey* (1995) y *Conversaciones sobre el socialismo* (1996).

tranjeros se constituían en importantes fuentes de información, puesto que ellos podían contar lo que a los medios nacionales les era negado.

Y es en esta vena donde quisiera comenzar con un recuerdo personal ligado a esta tierra y que data de mis primeras experiencias como corresponsal extranjero. Yo estaba bastante recién llegado a los despachos de la agencia Reuter en Madrid, corría el año 75, cuando, un fin de semana, recibí una llamada de nuestro corresponsal aquí en Bilbao, que me informaba de una manifestación en Algorta que iba tomando un cariz bastante serio. Me contaba que temía enfrentamientos duros con la Guardia Civil y me pedía que estuviese atento a sus llamadas.

Pasado poco tiempo, por el teletipo de Cifra, que era como entonces se llamaba la agencia nacional de EFE y que teníamos instalado en nuestros despachos, vi la noticia de que se había utilizado fuego real para repeler una manifestación cerca de Bilbao. Casi a la vez llamaba nuestro corresponsal para contarme lo mismo y para añadir que había dos heridos de bala, aunque por fortuna ningún muerto. Unos minutos después el teletipo de Cifra informaba, si no recuerdo mal, de tres heridos. Yo para entonces ya había enviado la noticia a Londres, la clásica nota cortita de agencia que decía que una manifestación política en las afueras de Bilbao había sido duramente repelida por la Policía que, haciendo uso de sus armas de fuego, había causado dos heridos de bala.

Justo cuando esta noticia mía era reenviada y salía por los teletipos de Reuter que se recibían en EFE —en aquellos tiempos de feroz control de la prensa, los servicios informativos de Reuter y de las demás agencias internacionales eran distribuidos por EFE después de su previa censura o manipulación— como se recibían en las redacciones de todo el mundo, se puso de nuevo en acción el teletipo de Cifra; y esta vez escupía su información haciendo uso de las campanillas que siempre anuncian una noticia urgente. Pero no era una noticia urgente propiamente dicha lo que contaba Cifra. Lo que decía este despacho era que las informaciones que se habían dado sobre una supuesta manifestación en Algorta quedaban anuladas a todos los efectos. Intenté sin éxito obtener una explicación de EFE de lo ocurrido —se me dijo lacónicamente que las anteriores informaciones habían sido erróneas— y tampoco tuve éxito al intentar, en aquella época anterior a los teléfonos móviles, hablar con nuestro corresponsal.

A la media hora de todo esto me llamó por teléfono un alto cargo del entonces llamado Ministerio de Información y Turismo que tenía la tarea de vigilar de cerca las informaciones de los corresponsales extran-

jeros. Me preguntó que por qué no había anulado la noticia de la supuesta manifestación tal y como lo había hecho Cifra. Le dije que de haber basado la noticia de Reuter sobre la información que había dado Cifra hubiera estado obligado a anularla también, pero que este no era el caso. El alto cargo se puso bastante pesado con el tema y yo me puse igualmente terco diciendo que no tenía ningún motivo para creer que unos hechos que me habían sido relatados por una persona de toda confianza no habían ocurrido tal y como ésta me lo había contado.

A media tarde se puso en contacto de nuevo nuestro corresponsal en Bilbao y me dio algunos detalles más sobre lo que había sucedido por la mañana, con lo cual pude ampliar la noticia para mi agencia, que de nuevo reenvió la noticia a todo el mundo por sus teletipos. Esta vez ya no me llamaron exigiendo desmentidos desde el ministerio, aunque la anulación aquella de Cifra con sus campanillas se mantenía en pie.

Ya de noche, cuando cerraba las oficinas de Reuter, que estaban en el mismo edificio que las de la agencia EFE, me encontré con un excelente periodista amigo que en esa época era, precisamente, el redactor jefe de Cifra. Me pidió disculpas por el mal rato que se imaginaba que había pasado y me dijo que se alegraba de que Reuter hubiese informado tal y como él hubiera deseado. De paso me contó que no eran dos los heridos de bala sino cuatro. El estaba mucho mejor informado que lo podía estar yo, pero él estaba sometido a censura y yo no.

Historias, muchas historias como ésta que he relatado, las tengo yo como las tiene cualquiera que haya ejercido más de veinte años la profesión de periodista en este país. Lo que quiero resaltar es que son historias propias de las democracias emergentes de la Europa del Este y del todo atípicas en el entorno de la Unión Europea a la cual pertenece España. Y es precisamente por ser tan atípicas dentro del área donde se mueve la sociedad española por lo que llego a la siguiente reflexión: estoy convencido de que este pasado, tan inmediato y tan singular, que engloba los medios en España explica un presente en el cual reina una gran confusión en cuanto a lo que se puede llamar el interés general y a lo que se denomina los intereses creados que son propios de todo negocio, el de los medios incluido.

¿Qué pasa en los medios de comunicación cuando se produce la transición política del posfranquismo? Pues de entrada ocurre que los periodistas pueden por fin comenzar a contar lo que antes estaban obligados a callar. Y al hacerlo se convirtieron en grandes protagonistas

del evento y establecieron toda suerte de complicidades con la clase política y con los demás actores de la transición, con los principales actores sociales, que son los empresarios y los sindicatos. Se creó entonces un marco de funcionamiento para los medios de comunicación en España que creo sigue siendo tan vigente hoy como lo fue entonces. Los medios, quienes trabajan en ellos y quienes los dirigen y, singularmente, quienes los poseen o quisieran poseerlos, asumieron entonces una importancia desorbitada. Y no la han perdido.

Creo, porque así me he formado en esta profesión, que esto es malo. Lo que es importante es la noticia y no el medio; el protagonismo pertenece a la información, no al informador. Pero aquí, durante aquellos años, los medios se esforzaron por asumir grandes cuotas de importancia con enorme alegría y con una audacia aún mayor. En vez de contar lo que se cocía en las esferas del poder, en vez de analizar y de explicar las decisiones del poder, se quiso *ser* poder, se quiso formar parte de él. En demasiadas ocasiones, a mi parecer, la información no se obtenía para trasladarla al dominio público sino para utilizarla, muchas veces sin publicarla, teniéndola custodiada bajo siete llaves, como aviso a navegantes, como arma de toma y daca.

Confieso que esto me desespera. No me gustan estas complicidades ni estos trueques. Creo que el periodista y el político actúan en campos distintos y que sus agendas de trabajo son muy diferentes. El político necesitará, según su visión de las cosas, mantener secretos. El deber de los medios es desvelar estos secretos. Desde luego no forma parte del deber de los medios el guardar secretos para así negociar mejor con el poder. Quiero que me permitan ustedes este prurito algo santimonioso porque no lo puedo evitar. Vengo de una tradición, la inglesa, que tiene en esto que nos ocupa una cultura basada en dos conceptos sacrosantos: el primero es el derecho total a la información y el segundo es el derecho de réplica.

Lo que me ha parecido realmente malo a lo largo de estos años en España es que aquí nadie se dio cuenta entonces, como tampoco se da cuenta ahora, de que se está viciando lo que es el interés general que rige toda esta industria mediática: que se está viciando el deber de informar con serenidad, con veracidad y de forma contrastada. Este es un deber, dicho sea de paso, que guía el quehacer diario de la gran mayoría de los profesionales del sector, de una gran mayoría que no pasan por el vedetismo. Y también es un deber que informa y que instruye a los cientos de estudiantes que están matriculados en las facultades de Ciencias de Información. Pero dicho eso, me parece evidente

que en los medios españoles hay un exceso de opinión intencionada y una carencia de información contrastada y de conocimientos fundados. Se ha pasado de un servilismo funcional, propio de la pasada dictadura, a un protagonismo agresivo, cuando no inquisitorial, que se proclama periodismo independiente.

Quiero subrayar que aquí, a mi modo de ver, hay un problema. Un problema que se centra sobre todo en Madrid, donde la crispación, palabra tan de moda en los últimos tiempos, se ha adueñado de los medios y ha alcanzado niveles impropios de una sociedad desarrollada y sofisticada. Es mi deseo explicarles a ustedes por qué creo yo que en los años venideros, en la nueva sociedad de la tecnología de la información, en la nueva sociedad más globalizada, más independiente, independiente de verdad, y más libre, este problema se va a solucionar por sí solo y que la información será lo que realmente debe ser, es decir, sólo información y no un arma de presión, de «quítate tú que me pongo yo». Pero antes volvamos a los vicios adquiridos durante el compadreo de la transición política.

¿La culpa pertenece solamente a los medios? Pues no. Que poca cultura de su oficio, al fin y al cabo, tenían éstos después de tantos años de aislamiento y de censura. La culpa pertenece también a la clase política, que lógicamente también actuaba en el marco de las formas aprendidas y heredadas, en el marco donde la prensa y la propaganda llegaron a ser sinónimos. Para toda una clase política, y también para toda una clase empresarial, para todo poder, los medios eran plataformas serviciales hechas a su medida. No se entendía, porque no había por qué entenderlo, un periodismo independiente al servicio de sus clientes, es decir, de sus lectores.

Se entiende así que, con mayor sutileza, aunque no siempre, el poder sigue presionando, condicionando e intoxicando con sus amiguismos y con sus manías persecutorias reales e imaginarias. Faltaba gimnasia democrática por doquier, no podía ser de otra manera, y muy pocos supieron estar en su sitio. La independencia de la prensa frente al poder nunca o muy rara vez fue entendida por una clase política que tenía poca práctica de encajar la crítica. Pero también se juntaba el hambre con las ganas de comer, puesto que hubo periodistas, cuando no medios, que lucían su partidismo cual medalla de campaña y que solamente entendían su oficio y su quehacer como un intercambio de favores.

No me gusta repartir culpas, pero, puesto que estamos en este ejercicio, hagámoslo con equidad y comprendamos también que esta-

mos hablando de un entorno que favorecía sobremanera el cultivo de los intereses creados. Piénsese, por ejemplo, en un aspecto técnico que es el del libelo, y me estoy refiriendo a toda la jurisprudencia que existe en sociedades semejantes a la española para defender al individuo frente a la información errónea, la difamatoria, la agresión de su honor y la intromisión en su intimidad.

En España existe, a mi entender, un claro déficit, en todo lo que supone la protección del individuo frente a los medios. Esto puede ser explicable porque se viene de la censura, y la libertad de expresión se convierte, por lo tanto, en una bandera sagrada. Pero aunque pueda ser explicable y comprensible no es perdonable. Sostengo que en España no existen reglas de juego, de *fair play* como se dice en mi país, y que en España, bajo el estandarte de la libertad de opinión, se malinforma intencionadamente e impunemente. Esto ayuda a dibujar de una forma muy clara las líneas de ese marco de la crispación a la cual aludía antes.

Veamos con un poco más de detalle este crispado marco. Quisiera hablarles, para que nos entendamos todos, de dos medios en concreto: del periódico *El País* y del periódico *El Mundo*, que, como ustedes saben muy bien, están enfrentados a muerte en Madrid, la capital de la crispación nacional, en su lucha por ganar cuotas de mercado y de autoridad. Son dos ejemplos, a mi modo de ver, de intereses creados.

La lucha es, de entrada, desigual. *El País*, fundado muy oportunamente a comienzos de la transición por un accionariado amplio y muy repartido que abarcaba desde el centro derecha hasta el centro izquierda bajo el manto protector de la voluntad común del reformismo progresista, de la normalización democrática y de la inmersión de España en la entonces Europa comunitaria, es la cabecera de un gran grupo de multimedia. El Grupo Prisa está, como es sabido, en la prensa escrita, en la televisión y en la radio, tiene el apoyo externo de diversos intereses editoriales de producción y de distribución de libros, y está en la primera línea de la información del futuro con sus inversiones en cable y en televisión digital. *El Mundo* no es, hoy por hoy, más que un periódico, es un producto que se compra por 125 pesetas todos los días y no tiene ninguna red empresarial de seguridad que le recoja cuando se equivoca en sus saltos de trapeicista. A *El Mundo*, y singularmente a su fundador y director Pedro J. Ramírez, le gusta describirse como David frente a Goliat.

El País, llegado el apabullante triunfo electoral del Partido Socialista en las generales de 1982, se convirtió en el periódico del *establishment*. Era un periódico nuevo que acompañaba a una clase política

nueva con todas las complicidades necesarias y gustosamente aceptadas, en pos de una hegemonía mediática que a su vez se apoyaba en la hegemonía política que asentaba el Partido Socialista. En estos años el grupo que controlaba *El País* se hizo con la Cadena SER, consiguió su licencia de televisión y anuló a un competidor que era Antena 3. Estos son hechos que en absoluto son criticables, puesto que el deber de todo grupo empresarial es, sin duda, crecer inteligentemente —y esto fue un crecimiento tan inteligente como sostenible— para gratificar con su rentabilidad a los accionistas que en él han depositado su confianza. El Grupo Prisa cumple con creces su deber empresarial.

Pero, y aquí está el quid de la cuestión, ¿hasta qué punto comprometió este medio su independencia mientras avanzaba en esa bien trazada línea que aseguraba su consolidación como negocio? O, dicho de otro modo, ¿cuál es la servidumbre de tanto apego al *establishment* socialista para así mejor conseguir unos intereses muy concretos empresariales? Y hablemos de independencia comprometida y de apegos sin tapujos, puesto que los medios se movían en 1982, como se movían veinte años antes y como se siguen moviendo veinte años después, dentro de las coordenadas que marca un Estado muy patrimonialista que permite al Gobierno de turno controlar mucho más de lo que es democráticamente deseable con sus injerencias en el mercado y sus licencias, con su cartera de publicidad y con sus favores varios. Hace unos días me decía un muy alto cargo en la Moncloa de José María Aznar algo que era tan crudo como cierto: ni el señor Polanco, el presidente del Grupo Prisa y su principal accionista, puede hacer negocios en contra del Gobierno ni el Gobierno puede gobernar en contra del señor Polanco.

A mi entender estamos ante una partida de póker de muy altos vuelos, entre el principal grupo de medios de España, el único que puede ser comparable con los grupos de medios globales, y el Gobierno de la nación. Es una partida de muy altos vuelos, puesto que encima de la mesa de juego está la televisión digital y este es el campo donde se jugará, o al menos así se cree, el futuro de la hegemonía de la información en este país como en cualquier otro. Por desgracia, porque no debería ser así, está en la mano del Gobierno dibujar el futuro del mapa de la televisión digital y del negocio del cable. Digo por desgracia porque en un mundo ideal un gobierno se dedica, lo más, a regular, a establecer reglas del juego que aseguren la competitividad en beneficio del público. Aquí, y España no es de ningún modo una excepción, el Gobierno no va de árbitro sino de dueño de uno de los equipos en liza. El anterior Gobierno se alió, a través de Telefónica,

con el Grupo Prisa para desarrollar el negocio del cable, y el actual Gobierno, también a través de Telefónica, se enfrenta con el Grupo Prisa en el negocio digital.

Cuando hablaba hace un momento de complicidades, de apegos, de independencia comprometida y de estas cosas ¿en qué me basaba? Pues en algo muy sencillo. Durante los años en los cuales *El País* era la plataforma del *establishment* socialista cumplió exquisitamente este papel. A pesar de tener muchísimos más recursos que cualquier otro medio para controlar la acción del poder, es decir, para cumplir con el interés general, contempló, con los brazos cruzados, cómo otro medio rival se hacía con las grandes primicias que desacreditaban al Gobierno. *El País* prefirió, en líneas generales, mirar al otro lado cuando se trataba de temas como el de Filesa, es decir, la financiación irregular del partido gobernante, y de temas de mucho mayor calado, como es el del GAL y la guerra sucia. La agresividad del Grupo Prisa frente al actual Gobierno es la mejor vara para medir su pasividad con el Gobierno anterior.

¿Y qué diremos de *El Mundo*, de este autodesignado David que busca ahora desesperadamente un nuevo Goliat? Si existe un ejemplo absolutamente claro de los intereses creados en los medios de este país lo encontraremos en el uso que se ha hecho de los papeles del Cesid robados por el coronel Perote y puestos a disposición del señor Mario Conde. Quiero ser franco en esto que voy a decir ahora. He afirmado que el Estado, el Gobierno, disponía y dispone de mucho poder frente a los medios. Pero la endeblez de estos, que es un fiel reflejo de la débil salud de lo que se conoce como la sociedad civil, es todavía más acusada si se tiene en cuenta el no menos importante poder del cual disponen determinados poderes empresariales y en concreto determinadas ambiciones personales. No tengo la menor duda de que en el juego político del toma y daca, de las presiones, el guardar secretos para poder avisar a navegantes, del «quítate tú que me pongo yo» al cual vengo aludiendo, hay bastantes personajes cuya liquidez, lícita o ilícitamente obtenida, está a la par de sus desorbitadas pasiones de influir, cuando no de mandar.

La enorme virtud de *El Mundo* consiste en romper tabúes y en publicar lo que otros, precisamente por sus complicidades, se negaban a publicar. Creo que la higiene democrática de este país requiere toda la investigación posible y toda la publicidad posible en torno a temas como la financiación irregular, la corrupción, como, por supuesto, en torno a la guerra sucia que tuvo lugar hace poco más de diez años. Pero mucho me temo que los intereses creados han estado a la orden

del día en todas las campañas que ha lanzado *El Mundo* contra Felipe González y que, por lo tanto, empañan los logros de las primicias obtenidas. Sin estos intereses poco podría haber avanzado el periódico-David en sus denuncias contra el Gobierno-Goliath.

Puede que la servidumbre a estos intereses creados sea el precio que se ha de pagar cuando los medios se mueven en un marco donde no existe el derecho total a la información. Y puede también que estos intereses hagan su agosto cuando las normativas en torno a la intimidad, la intromisión y el derecho de réplica acusen graves carencias. Pero para cualquiera que crea que no es el fin el que justifica los medios sino que, muy al contrario, son los medios los que justifican el fin, ciertas campañas, por no hablar de manipulaciones, dejan muy mal sabor de boca. A mí al menos no me cabe duda de que se ha buscado chantajear al Gobierno, inteniendo frenar o diluir determinadas actuaciones judiciales, con la utilización de determinados secretos de Estado que fueron puestos en manos del periódico *El Mundo*. Este medio tiene no sólo el derecho sino, a mi modo de ver, la obligación de publicar secretos, pero creo que también tiene, por el bien del interés general, el deber de poner todas sus cartas sobre la mesa explicando la procedencia de estas informaciones y así protegerse de cualquier acusación de que actúa sólo en persecución de intereses creados.

Llegados hasta aquí pienso que ya, sabiendo de dónde venimos y dónde estamos, podemos alzar la vista y otear el horizonte de los medios de comunicación en una nueva sociedad. Quería proponerles cuatro puntos para que los medios puedan entrar con confianza en esa nueva sociedad sabiendo que estará en sintonía con lo que estos nuevos tiempos exigen.

El primer punto es establecer unas claras reglas del juego en cuanto a lo que es el derecho a toda la información. Existen demasiadas lagunas sobre lo que son secretos de Estado, secretos oficiales, secretos del Consejo de Ministros, secretos judiciales. Tiene que quedar claro qué no es publicable en su momento y por qué no es publicable, quién toma esa decisión, por qué vía se apela contra esa decisión, y también, y esto me parece muy importante, cuándo será hecho público lo que en su momento es secreto. Se parte de la base del derecho a toda la información, y la conducta de los poderes públicos deberá ser guiada en todo momento por el más escrupuloso respeto de fomentar la transparencia en todas las decisiones públicas.

El segundo punto se refiere a las normativas que informan el derecho de réplica. La ley de libelo, la protección de la intimidad, la defensa

del honor no representan una afrenta a la libertad de expresión, sino más bien la mayor y mejor protección de esta tan preciosa libertad. Habría que dejar atrás los demonios de tiempos de la censura y adquirir los hábitos de regulación que existen en sociedades de larga tradición de libertad de expresión. Son las reglas de juego limpio las que protegen a la sociedad del «todo vale». Creo que es muy importante, sin embargo, que sean los propios medios los que acuerden estas reglas y que vigilen su salud. Un ejemplo frecuentemente citado y que constituye un buen ejemplo de autorregulación es el Press Council o el Consejo de Prensa que existe en el Reino Unido.

El tercer punto tiene que ver con lo que llamaría la salud empresarial de los medios. Si lo que queremos es construir edificios sólidos que puedan servir al interés general y defenderse de intereses creados, me parece obvio que tenemos que empezar por asegurarnos de que los cimientos estén bien puestos. Los medios no pueden estar a merced de determinados grupos de presión. Tienen que tener solvencia financiera para poder actuar libremente sin mendigar favores y tratos especiales.

Pienso que en España se dista mucho de un ideal de fuertes grupos empresariales, de propietarios de medios, que entiendan perfectamente la importancia fundamental que tiene para sus activos de prensa el que estos sean financieramente fuertes para así poder ser informativamente solventes.

Que entiendan además, y esto es muy importante, que cuanto más solvente sea un medio en sus informaciones, más robusta será su cuenta de resultados. Lo que quiero es que los propietarios de los medios vean a estos no como una escalera influyente hacia el poder, no como una plataforma propagandística que permite repartir favores que luego se cobrarán, sino simple y sencillamente como un negocio en el cual de lo que se trata es de satisfacer al cliente vendiendo algo que es bueno, bonito y barato. Bueno, en el lenguaje de los medios, insisto, quiere decir solvente, ponderado y contrastado. Bonito es, como su nombre indica, ágil, atractivo, cautivador y todo lo que sea opuesto a plúmbeo. Y barato es algo muy obvio. El hecho de que los periódicos en España cuesten casi el doble de lo que cuestan los periódicos de calidad en Inglaterra indica, cuando menos, bastante mala gestión por parte de las empresas editoras.

El cuarto punto se refiere a quienes hacemos los medios, es decir, a los periodistas, a la infantería, que es donde he querido estar siempre y donde estoy. Creo que se ha de hacer un esfuerzo ímprobo que incumba a todos, a los de a pie que hacen «calle», como se dice, a los que

hacen «mesa» y que titulan, a los jefes de sección, a los directores de área, a las alturas mismas, en fin, al organigrama entero, para avanzar a lo que en el sector llamamos la «cultura anglosajona». Esta es una cultura que no sólo mantiene a rajatabla lo que es la separación entre lo que es opinión y lo que es información, sino que prima lo segundo, la información, siempre la información, sobre lo primero. Me declaro, con este cuarto punto, enemigo total del columnismo. Cuanto menos, mejor. Para mí, la columna forma la entrada al reino del vedetismo y pienso que esto está reñido con el deber de informar.

Lo que representan estos cuatro puntos puede ser más o menos discutible, pero se me antoja ya, para ser todavía más provocativo, que muy pronto, quizás ya incluso, tales puntos, u otros que se pueden añadir, puedan ser completamente obsoletos. Estoy intentando formular recomendaciones que se basan, como cualquier ejercicio intelectual, en la observación del pasado y en la comparación con otras culturas, cuando es muy posible que ya no sean para nada atinadas ni en el tiempo ni en el espacio. Me invade esta inquietud, una inquietud no necesariamente angustiada, porque siento que todo lo que concierne a mi trabajo, que es a la vez que trabajo mi entusiasmo y mi pasión, va a ser muy distinto, y en muy poco tiempo.

Este ciclo se refiere a la innovación y el cambio, y creo que donde más habrá de ambas cosas es precisamente en el sector de la información. Para concluir, por lo tanto, les quisiera dejar una idea esencial sobre lo que pueden ser los medios en una nueva sociedad. Piensen que dentro de unos años, al ritmo vertiginoso que camina la tecnología de la información, los periódicos, las radios y la televisión tal y como hoy los conocemos habrán pasado a un parque jurásico de los medios de masas. Estoy convencido de que todo va a ser muy, muy distinto porque estamos ya metidos de lleno en una revolución, en el sector que nos ocupa, que deja corto lo que supusieron conjuntamente la invención de la imprenta y la invención del telégrafo cuatrocientos años más tarde.

Se habla mucho de la información «a la carta», el periódico «a la carta», la televisión «a la carta», y creo que esta idea de «a la carta», con todo lo que implica de escoger y de formar cada uno su propio menú según su propio gusto, es la idea central de la revolución informática que se avecina. Quienes entre ustedes están ya enganchados a Internet sabrán de lo que hablo, y quienes están esperando la llegada, dentro de muy pocos meses, de la televisión digital también. Sabrán que en esto estamos tocando un cambio absolutamente radical porque

es el cambio del objeto pasivo, que recibe un paquete informativo o de ocio, al sujeto activo que escoge lo que va a recibir y lo empaqueta él mismo haciendo uso de esa selección a la carta, de ese menú.

El salto que esto supone en cuanto a inteligencia y a libertad es incalificable. Entramos en un terreno desconocido, pero, a mí al menos, no me inspira ningún terror. Estoy convencido de que tenemos a mano enormes posibilidades de enriquecimiento humano con el pleno acceso a la información. Les diré que lo que más me gusta de este futuro que se avecina es que se va a dificultar hasta el punto de hacer imposible toda tentación de manipular y deformar la información, porque el usuario, el receptor de la información tendrá posibilidades infinitas para acceder a contrastar la información que recibe. El cambio y la innovación en los medios de comunicación supone dar un golpe prácticamente mortal a la ignorancia, que no es más que falta de información y que ha sido durante toda nuestra experiencia histórica el motor de tanta desgracia.